

7. Noticias de la mano de Cristo.
Homilias sobre la vida de
los mejores santos. Cursos, etc.

BEATO RUPERTO MAYER

Referencias a las Sagradas Escrituras: Mateo 10, 34-40

*Homilía en San Miguel de Murrich, el 20-V-87, dentro del
septenario por la beatificación del Padre Rupert Mayer*

Entre las grandes directrices morales de nuestro tiempo no figura la verdad; y la virtud en general apenas es nombrada. Es tan intenso el drama de nuestras divisiones sociales, que todo lo demás es engullido por el silencio. Las máximas consignas morales del presente son justicia para todos, solidaridad, liberación, libertad, emancipación y autorrealización; y se diría que hablar de la verdad es más o menos un ataque contra ellas. Se nos dice que, en las actuales circunstancias dramáticas, no hay tiempo para ocuparse de la compleja y fatigosa cuestión de la verdad, y que afrontarla significaría dejar a un lado los problemas acuciantes siguiendo el juego a ciertas minorías. Por otra parte, tenemos la impresión como si se quisiera contraponer el amor y la verdad: porque los hombres han venido agrediendo en nombre de la segunda, en tanto que el primero reconcilia y unifica.

Nuestro nuevo beato muniqués utilizaba otro lenguaje. Al pronunciarse su beatificación, el Padre Rupert Mayer aparece redivivo entre nosotros, y nos dirige su palabra. Su misión hacia nosotros podría ser, en esta hora, presentarse como testigo de la verdad. En tal sentido, lo de menos es hacer juicios una vez más sobre personas y cosas del pasado. Forzoso es recordar algunos de ellos; pero guardémoslos, de recurrir a la condena del pasado a modo de ritual absolutorio a nuestro favor, mediante el cual nos creamos los mejores, nos excuse del examen de conciencia y de la enmienda por nuestras obras del presente. Si nos fijamos en la vida del Padre Rupert, cumpliremos esto último: porque se ha hecho

presente de nuevo entre nosotros para ser un espejo donde mirarnos, y para que, viendo cómo estamos, aprendamos de su testimonio la manera de orientarnos y de rectificar.

Pero centrémonos en el asunto de la verdad, y preguntémonos qué es, y dónde está. Para empezar, indicaré un dato muy secundario de la vida del P. Rupert Mayer. Había conocido a Hitler en el año 1919, cuando éste participaba como orador en una reunión de comunistas. En aquella hora temprana, cuando Hitler era un desconocido, causaba la impresión de que, aun sintiéndose un tanto contrariado por ello, podría convertirse en un aliado contra la tentación del marxismo. El propio Hitler jugará deliberadamente esta carta. Así, con ocasión de celebrar el P. Rupert Mayer el 25.º aniversario de su ordenación sacerdotal en 1923, Hitler le envía un telegrama de felicitación. Ha calculado que si, tuviese de su parte a este sacerdote patriota, que ha hecho méritos por su país y es prestigioso en su ciudad, habría de serle de gran ayuda para ganarse a los remisos, y en particular a los católicos.

Hoy sabemos cuán difícil fue para los intelectuales alemanes—escritores, eruditos, políticos y aun teólogos—calar en la personalidad de Hitler, y advertir el riesgo que implicaba. No vamos a juzgar a la ligera el proceder de aquellos hombres; pero sí hemos de decir que el P. Rupert Mayer, que sólo era un pastor de almas y no un intelectual, supo muy pronto reconocer la máscara del Anticristo. Y la reconoció fijándose en un aspecto que nosotros tal vez no habríamos advertido. Su primera impresión fue la siguiente: *Hitler exagera las cosas demisimado, y carece de reparos ante la mentira.*

De quien carece de respeto a la verdad es imposible que venga nada bueno, porque el escarnio de la verdad impide que florezcan el amor, la libertad y la justicia. La verdad, esa veracidad sencilla, humilde y perseverante del vivir de cada día, es una base indispensable para cualquier otra virtud. No me refiero, ciertamente, a las verdades fundamentales sobre Dios, el Universo y el hombre, sino a esa verdad menuda de los hechos cotidianos; pero advierto de inmediato que una y

otra están ligadas de forma indisoluble. Quien con facilidad está dispuesto a pisotear una verdad pequeña, jamás podrá ofrecernos garantías de que haya de defender la gran verdad.

Miremos ahora desde esta perspectiva nuestro presente, y preguntémos qué tal nos van las cosas. Tengo que confesar que me horrorizo a menudo cuando, a propósito de noticias sobre cosas cuya realidad está en mi mano confrontar con lo que se dice, me doy cuenta de la ligereza, y a la par malevolencia, con la que se miente, y a la vez de que lo realmente importante para los informadores es mucho menos la verdad, que los efectos resultantes de decir tal cosa u otra. Pero centremos la mirada sobre nosotros mismos. Prescindamos de juzgar a los demás, y examinemos nuestras propias conciencias apoyándonos en ese gran testigo de la verdad que fue nuestro Beato.

Preguntémonos todos, preguntétese cada uno de nosotros, si en su vida ordinaria dice siempre la verdad. ¿Tengo la valentía de hacer honor a ella por incómodo que sea, y por más desasosiegos y disgustos que me traiga? No podemos ignorar que la verdad es a menudo ingrata y bochornosa, y que puede acarreararnos numerosas desventajas. Es tanta la frecuencia con que la vemos oponerse a nuestro propio provecho, que se expone fácilmente a ser atropellada. Nos decimos: a fin de cuentas, es muy poco lo malo que puede haber en ello, pero mucho lo bueno que se puede conseguir. Pero pensemos bien la cosa. Si seguimos así, ¿podremos ya contar con alguien de quien fiarnos? Donde muere la verdad se nos desploma el suelo que pisamos como seres sociales: porque, siendo en apariencia una virtud pequeña, la veracidad es realmente la virtud fundamental para cualquier expresión de nuestra vida social.

Pero volvámos al origen de nuestro tema para dar un paso más. El P. Rupert Mayer comprendió inmediatamente que la facilidad con que Hitler incurrió en la mentira no era sólo un aspecto secundario y contingente de su carrera política, sino el producto de una postura ideológica, de un prin-

cipio condensado en estos términos: *Es bueno, lo que al pueblo resulta de provecho*. Lo moralmente bueno cede aquí ante lo meramente útil. La veracidad es devorada por la utilidad, como criterio soberano que justifica cualquier cosa. Y si se pone al pueblo por delante, pretendiendo realizarlo como esfera moral suprema frente a los egoísmos particulares, con ello se comete la primera de las mentiras, que dimana del principio mencionado y se ampara bajo él.

Al decir esto, nos vemos nuevamente situados ante la escena de nuestros días: porque hoy es corrientísima la mentira para encubrir otras cosas en nombre del pueblo. Tal es lo que se hace al manejar expresiones como «Iglesia del pueblo», «movimiento popular», y muchas otras que conocéis y no hace falta mencionar. ¿Acaso no sucede, a semejanza de lo de antaño, que «pueblo» es un disfraz con que se cubre uno mismo, el propio grupo, o el partido al que pertenece, y es usado para justificar los propios fines particulares eludiendo la verdad?

Así proceden también, sin recatarse, los que dicen lo siguiente: *¡Adónde vamos con esa ortodoxia de la Iglesia, que en nada nos ayuda, y es pura teoría! En vez de eso, lo que nos hace falta es ortopraxia. Lo importante no es pensar correctamente, sino actuar con rectitud*. Vamos a ver: ¿me puede alguien decir lo que es actuar honradamente si desconoce en qué consiste la honradez? Es imposible, claro está; pero entendemos muy bien que la postura mental de confundir lo bueno con lo útil alcanza hasta el extremo de que hayamos de escuchar, incluso de teólogos, esta tesis moral tan extendida en nuestro mundo occidental: *No existe el bien en cuanto tal; y aun en el caso de que existiese, nuestros ojos son tan débiles, que serían incapaces de reconocerlo. Debemos contentarnos con ponderar las circunstancias de cada caso para determinar lo menos malo. No podemos pronunciarlos por lo bueno, sino sólo por lo que no es completamente malo*.

No debemos extrañarnos de que, siguiendo ese principio tan a ras de lo humano, se mate luego sin reparos a indefen-

sas criaturas no nacidas; que se coadyuve al suicidio; y que se hagan experimentos con la vida del ser humano pretendiendo con ello prestar un gran servicio a las futuras generaciones, cuyas características y dimensiones deseables estarían justificándolo.

Considerando lo anterior, cada uno de nosotros debería preguntarse: *¿Qué hago yo? ¿No estoy tomando acaso la idea de utilidad como criterio primordial? Y, en este caso, ¿a qué me atengo para saber lo que me es útil? ¿No estará por ventura el provecho verdadero del ser humano en conocer y estar unido a Dios?*

Y continuemos ahora con otra apreciación del P. Rupert Mayer. En aquel movimiento que *veía desarrollarse, le chocaba fuertemente, como él mismo decía, la demesura con que Hitler se autoglorifica, y el culto que procura hacia su persona*. Con palabras de la Escritura, habría podido decir: *el que habla en nombre propio*. Nuestro Señor Jesucristo nos anunció con esta idea uno de los rasgos inequívocos del Anticristo: *El que habla de sí mismo —decía— busca su propia gloria; pero el que busca la gloria de Aquel que lo ha enviado, ése es veraz, y no hay en él injusticia* (Jn, VII, 18). La primera figura se ha dado muchas veces en la Historia. Quien, hablando únicamente en nombre propio, se ha puesto por modelo pretendiendo constituirse en salvador y garantía de venturas para el mundo o para tal o cual país, ha sido siempre un mentiroso: porque nadie puede ser eso por sí solo.

Acerca de este punto, son importantísimas unas palabras pronunciadas por el P. Rupert Mayer, en 1937, ante el tribunal que le juzgaba. *Si yo diera señales —decía— de estar simpatizando con la idea de una «Iglesia Alemana», sería declarando un héroe de nuestro tiempo; pero soy un católico hasta la raíz, y ésta es la causa de que esté siendo juzgado*. Fijémonos en esto: fue católico hasta la raíz. Aquí tenemos un perfecto ensamble de su verdad menuda de cada día y la Verdad. Ya dije que habría utilizado de buena gana un sacerdote patriota, una Iglesia Alemana, y un Cristianismo Alemán, para que los

propios objetivos recibieran lustre y respaldadores religiosos. Pero era inasequible para ellos el testimonio inquebrantable de una verdad excelsa. El P. Rupert Mayer adoptó sin titubeos la segunda postura. Sin duda era un patriota; pero el suyo era ese patriotismo del que quiere para su país el bien y la verdad, sin pretender en caso alguno beneficiarlo utilizando como arma la falsedad. Y justamente por esto es un ejemplo de lo que significa el recto patriotismo también en nuestros días: un amor a la tierra patria bajo la enseña del bien y de la verdad.

Porque seguía siendo católico hasta la raíz, estaba siendo juzgado el P. Mayer. No era un hombre político, y nunca quiso hacer política desde el púlpito. Decía de sí mismo categóricamente: *Sobre asuntos de política, soy un cerro a la izquierda. Yo no soy más que un cirra. Y supo serlo de cuerpo entero, no ya por sus palabras en sí mismas, sino por dar un testimonio con su propia persona, sus afeanes y sus obras. Nada hizo que pudiese denominarse teología política, y ni siquiera simplemente teología. Como él mismo afirmaba, quería únicamente recordar a los hombres las verdades fundamentales de la Fe católica. No se sintió llamado a reformar las estructuras y ejercer el posibilismo político. Lo suyo se limitaba a ser un sacerdote que, alumbrando los fondos de las almas, plantase en ese suelo los criterios y energías del bien auténtico. Supo respetar lo privativo de la política; y, justamente por esto, fue capaz de practicar con gallardía y sin reservas lo privativo del sacerdocio: hablar con libertad de la Palabra de Dios, que ha de ser pública y exenta de restricciones; esa Palabra que ha de ser proclamada aunque repugne a los hombres, incluidos los que ejercen autoridad: porque debemos obedecer a Dios más que a los hombres (Hch, V, 29). Y porque supo comportarse con esa libertad y determinación, prestó un servicio verdadero a los hombres y al país, que nosotros hemos recibido como una lección imperecedera.*

Repitámoslo: *Yo soy un católico hasta la raíz. ¿Quién de nosotros tendría hoy el valor de decir esto? Miremos ante noso-*

tros al P. Rupert Mayer, que viene a removernos en este punto aquí y ahora. Dejémos de jugar con pensamientos de una Iglesia alemana, de la que sabía él más que nosotros. Dejémos de especular con una Iglesia propia, nuestra Iglesia, cuya traza ensayaríamos prescindiendo de tal manera de cuanto significa exigencia y desagrado, que vendríamos a no tener sino una Iglesia de los hombres. Dejémos de jugar con sentimientos antirromanos, y de coquetear con los que nos aplauden por hacerlo. Si volvernos a comportarnos como católicos hasta la raíz, también seremos ecuménicos genuinos: porque entonces no hablaremos en nuestro propio nombre, sino por cuenta de Aquel cuya grandeza nos excede a todos juntos, y que, por ser la Verdad misma, es el único que puede congregarnos a la unidad. Y por ser Él quien nos congrega, necesitamos ponernos en Sus manos.

Añadamos una última observación del P. Rupert Mayer. También le impresionó desde el principio el clima de odio que advertía. Recordemos estas palabras: *Me siento horrorizado por la enorme aversión a los judíos, por el odio contra los enemigos de la Primera Guerra Mundial, y por el aborrecimiento hacia los otros partidos. Con el odio hacia los judíos iban unidos un desprecio del Antiguo Testamento, y la vana pretensión de elaborar un Cristianismo renovado y mejorado, un Cristianismo ario depurado de Antiguo Testamento. Como es lógico, era entonces imposible, como ahora, que quien habla con odio pueda invocar el Antiguo o el Nuevo Testamento. Es imposible que se honre con el nombre de cristiano quien paga sentimientos de aversión, pues lo desautorizan las palabras del mismo Jesucristo: *La Ley y los Profetas se resumen en este mandamiento: Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el pensamiento... (y) amarás al prójimo como a ti mismo* (Mat, XXII, 37-40).*

El P. Mayer se mantuvo incommovible junto al cuerpo viviente de la Iglesia, sin dejarse atraer por el espejuelo de una Iglesia mejor que se crearía desde sí misma. Debemos comprender también nosotros que, para no desencaminarnos,

nuestra regla es continuar apegados a esta Iglesia viviente, no nacida de los hombres sino dada por el Señor, que ha perdurado en el transcurso de los tiempos. Él supo darse cuenta de que el odio lleva en sí lo más contrario a la verdad; y, por haber sido fiel a la verdad de nuestra Fe, nos demostró lo que es amar. Los que vivimos aquí en Munich conocemos muy bien en qué medida supo hacerlo; cómo supo entregarse y consumirse por amor a los demás, sin vacilar. Y bien sabemos igualmente que, por haber sido entonces un gran testigo de la verdad y del amor, desde su tumba continúa prodigando testimonios de este amor con los alivios, los alientos y los favores que allí vamos a buscar. Merced a él, tenemos buena prueba de que el sello del amor es la verdad en que creía; y de que en esta verdad está la fuente del amor que supo practicar.

Consideremos otro aspecto que va unido a lo anterior. El P. Rupert Mayer nos refiere sus andanzas de los primeros años veinte, cuando, impulsado por su celo sacerdotal, consideraba un gran deber dar ideas claras a las personas para mostrarles los caminos de la verdad frente a la confusión de aquellos tiempos. A menudo, ante las puertas de un local de actividad electoral, se detenía con esta duda: *¿Pero hago bien entrando? Mientras me quede aquí fuera, los de ahí estarán contentos y tranquilos; pero, tan pronto como entre, soltarán un «¡curaco!», y la paz habrá acabado. Pero, pensándolo mejor, me convencí diciéndome: Ahí habrá más o menos una tercera parte que no se han decidido y necesitan ayuda. Me armaré de valor por ellos, y entraré a dirigirles mi palabra.* Si entraba en las reuniones, no lo hacía impulsado por la pasión política o el prurito de distinguirse, y mucho menos por el deseo de prepararse una carrera política. Lo hacía únicamente compelido por la fuerza de la verdad.

Era consciente de que tenía la obligación de transmitir la voz de la verdad; pero sabía igualmente que la verdad no es siempre cómoda, y que tenemos el deber de no cejar en sus importunaciones: porque actuar en este mundo como cris-

ianos no es ser repartidores de golosinas, sino sal de la tierra. Era consciente de que la voz de la verdad es una espada, pues ya dijo el Señor: *Yo no he venido a traer la paz, sino la espada* (Mat, X, 34). Era consciente de que la falsa unidad fundada en la mentira no es auténtica paz, y que hace falta dar tajos con la espada para que brille la luz de la verdad y la bondad, y se abra espacio de este modo para la paz verdadera.

La verdad es incómoda, y lleva siempre consigo sinsabores. No dudemos de estas dos asociaciones: el odio es compañero de la mentira, y la violencia se empareja con el odio; pero el amor es compañero de la verdad, y el buen talante para sufrir va emparejado con el amor. No por casualidad fue «necesario», como dijo nuestro Señor (cfr. Mac, VIII, 31), que el Cristianismo comenzara con un mártir, y no con un rebelde. Los mayores amantes han sido siempre valedores de la verdad y sufridores abnegados, que no han retrocedido ante el dolor por causa de ella; y así se han convertido en luminarias de la Historia. Por ello el P. Rupert Mayer es hoy para nosotros un seguro fanal con que se alumbran nuestras vidas.

Eso fue el Padre Mayer: un testigo de la verdad. Por predicarla tantas veces desde este mismo púlpito, perdería su libertad hasta acabar internado en un campo de concentración. Para nuestra ciudad, su vida es un regalo y un motivo de prestigio; pero también, ¡qué gran regalo y un motivo nos responsables y comprometidos! Demos gracias a Dios porque nos ha hecho el gran obsequio de disponer para nosotros la luz del P. Rupert Mayer, un testigo de la verdad y del amor. Y supliquemos a nuestro Beato que sepamos en esta hora mostrarnos dignos de él.

